

Testimonio político y testimonio literario de Julián Zugazagoitia sobre la Guerra Civil

BERNARD BARRERE
*Catedrático de Civilización Española
Universidad de Pau (Francia)*

Si ahora vengo a evocar la figura y las obras un poco soslayadas y olvidadas tanto en el campo de la historia como en el de la literatura, de Julián Zugazagoitia, periodista, escritor militante, ministro e historiador testigo de acontecimientos decisivos para la evolución de su país, es que varias razones me inducen a hacerlo: en primer lugar su personalidad se me impuso por su sinceridad humilde y su modestia, estoy por decir gremial, virtudes que no suelen encontrarse en un medio, el de los escritores que más bien cultiva la vanidad y la ostentación y en el que es muy difícil alcanzar la autenticidad del ser bajo todos los disfraces del parecer.

En efecto, al leer un suelto, en *La Gaceta Literaria*, monumento documental imprescindible para conocer el contexto y los entresijos de la actividad cultural en los últimos años de la primera dictadura, me saltó a la vista una contestación singularísima, en una plana de una sección interior, titulada Pombo, dirigida por Ramón Gómez de la Serna; habiéndole invitado este escritor-amigo a uno de aquellos banquetes de literatos y artistas que ese anfitrión y animador de festejos y celebraciones literarias solía organizar para fomentar la decaída vida espiritual de Madrid, contestó con las siguientes palabras:

«Mi pobreza excusa mi asistencia; yo no soy otra cosa que un escritor socialista. Y no quiero otro título. Lo que no impide ¡claro que no!, ser su admirador lejano, callado y desconocido.»

La Gaceta, n.º 53, 15 de enero de 1930

Confesar no sólo a un colega sino a todo el público del quincenal, semejante escasez de medios —no poder abonar las cinco pesetas del banquete— revela excepcional estoicismo en un momento de gran prosperidad y derroche que pronto había de desvanecerse; en aquella época Julián Zugazagoitia era parte del grupo de redactores de la revista creada por E. Giménez Caballero como encargado de la sección llamada «Obrerismo», equipo ecuménico que realizó, antes de la espectacular adhesión del director al fascismo, una gran labor de investigación —descubrimiento de las comunidades sefarditas de Grecia, Turquía...—; de información universalista en todos los campos culturales, desde los tradicionales de las artes y de las letras nacionales a las producciones de las culturas regionales o de los países americanos, e inclusive a las nuevas escuelas plásticas y escultóricas, pero sobre todo al cine mudo o sonoro incipiente. Esa revista fue el fermento y el tutor de una Edad de Plata, como la llamó recientemente un crítico español y, a la cual, a mi ver, habría que restituir todos los quilates de la otra gran época de oro.

Luego, por otras razones, en el curso de diversas investigaciones, di de nuevo con J. Zugazagoitia, al estudiar la prensa contemporánea y si no pude llevar a cabo un estudio monográfico sobre *El Liberal* de Bilbao, la atención que le dediqué me permitió averiguar que, bajo su dirección, este diario vino a ser uno de los mejores de España, superior quizás a su modelo madrileño.

Más tarde volví a seguir las huellas del novelista para estudiar el ciclo de sus novelas bilbaínas ya que fue uno de los pocos testigos «profesionales» de las grandes huelgas obreras y de su represión: fue otra ocasión de advertir que el mismo sino siniestro perseguía al escritor, ya que todas las bibliotecas de Bilbao en 1978 habían desterrado o destruido estos testimonios críticos sobre un episodio importante del pasado de la villa del Nervión.

En fin, penúltima justificación de esta conferencia, el azar, en la Cuesta de Moyano, me puso entre las manos un librito, el primero que podía comprar en España hace unos diez años también, titulado *Madrid, Carranza 22*, publicado por una modesta editorial, la Editorial Ayuso de la calle antiguamente Ancha de San Bernardo que lo publicó en 1977, habiéndose dedicado luego al lanzamiento de obras poéticas ante el escaso éxito de esa colección, llamada *Biblioteca Silenciada*: seguía pues la maldición de este destierro de un escritor en su propia tierra con esa casi nula difusión de ese libro póstumo. Por otra parte, por falta de tiempo, no me fue posible averiguar cómo se realizó dicha publicación, a partir de qué textos, con qué criterios de selección ni dónde habían salido por primera vez, si en el mismo clímax de la batalla de Madrid o después.

La última consideración que se convirtió para mí en una casi obligación moral fue el doblemente lamentable desenlace de una vida densa de altruismo y generosidad: nadie ignora el último golpe de esa némesis que acabó con un hombre a quien se puede otorgar, en su pleno sentido, el título de justo, como

lo definió A. Camus en una obra teatral primeriza donde debutó María Casares, hija del desventurado Casares Quiroga que tantas irresponsabilidades acumuló en tan pocos años entre Jaca y el Madrid del 18 de julio. En efecto, Francia (o por lo menos un régimen adicto al de Franco) cuyas virtudes de hospitalidad había elogiado en el segundo libro que voy a evocar, *Guerras y vicisitudes de los españoles*, discrepando de las críticas demagógicas que de dos lados opuestos se dirigieron a la Francia del 39, forzosamente diferente de la del 36, cometió el imperdonable crimen, quizás más horrendo que el de Granada, de entregar a cuatro personalidades a la sumarísima justicia de Franco y, tras la parodia de juicio, a la muerte friamente ejecutada: quizás este sacrificio representó el precio o parte del rescate necesario para la neutralidad franquista, tributo en realidad ofrecido a Alemania en aras de la colaboración por el mariscal Petain. Aun cuando no se puede concebir una responsabilidad colectiva, es imposible no sentir vergüenza por semejante fechoría y no reconocerse deudor acerca de la memoria de ese gran bilbaíno, defensor de la justicia bajo todas sus formas y para todos, especialmente para humildes y ofendidos.

Mi propósito será pues estudiar las dos últimas obras de Julián Zugazagoitia que conciernen a la Guerra Civil. La obra propiamente histórica titulada *Historia de la guerra de España* en su edición argentina de 1940, *Guerra y vicisitudes de los españoles* en la francesa de 1968 (París, ed. Lib. Española) y en la barcelonesa del 77, y luego esa crónica entre épica y documental que no fue un género propio de ese periodista escritor sino que fue método también elegido por A. Malraux en circunstancias semejantes, obra ya nombrada, *Madrid, Carranza 22*, editada en 1977 pero que preexistía en textos sueltos según se puede suponer. Si se me permite una última justificación para esa presentación, señalaré que tampoco esa obrita escapó estos últimos meses a ese proceso de destrucción cultural en recientes balances sobre los testimonios literarios consagrados a ese gran drama, publicaciones donde el nepotismo no es siempre garantía de rigor. Por lo tanto, no parece superfluo, en este curso de historia, procurar sacar de la casi nada a una obra y a un escritor que sin ser de los más grandes merecen mejor consideración.

Examinaré rapidísimamente las relaciones entre las obras porque era inevitable que se produjera un trasiego de una a otra, una compenetración de las dos, en atención al corto plazo en que ambas se suceden, teniendo en cuenta además sus distintas índoles, sus diferencias de proporciones, de funciones, de circunstancias de redacción que no son óbice para que lo épico trascienda al libro de cariz científico y para que el rigor histórico organice ya los primeros textos de combate.

Madrid, Carranza 22, para las más narraciones está elaborado entre el fragor de los días más aciagos del cerco de la capital y se presenta como una literatura de respuesta inmediata para suplir por el entusiasmo la carencia de

armas, el flaquear de las escasas voluntades en una ciudad casi abandonada: es pues una suma de textos-choques destinados a la suma eficacia de la urgencia, pero en circunstancias tan adversas el escritor realiza la proeza de dominar lo particular de la anécdota, para alcanzar mediante las reflexiones y un comentario a la vez generoso, comprensivo y distanciador, la universalidad de la creación literaria. Esa literatura, de las más comprometidas, esos gritos trágicos y a la vez llenos de esperanza rebasan la espontaneidad primigenia para constituir un gran canto que ensalza al pueblo de Madrid, a los fantasmales batallones de voluntarios que desaparecen inmediatamente en la vorágine de los combates. El escritor está entonces como inspirado por una fuerza externa que, a pesar de la sencillez de los medios expresivos, confiere a estos reportajes la dimensión y el hálito de una clase de leyenda en prosa, afín a la potencia de Víctor Hugo.

Estas narraciones que se ciñen a los escenarios bélicos del Guadarrama, del Jarama y sobre todo de la Casa de Campo, de Arguelles, participan del gran reportaje sin incurrir en su frialdad cínica, y a la vez de la literatura en la medida en que se desprende una dimensión no moralizadora sino moral que es la justificación de tantos sacrificios. Esas meditaciones que surgen del lodo y de la sangre mezclados pasarán a alimentar la obra histórica, añadiendo a lo que podría ser tan solo labor científica, friamente objetiva, el estremecimiento de la dimensión humana, el hervor de la vida y de pasiones vivas. *Guerra y vicisitudes* se compone a partir de la actuación proteica de ese hombre excepcional que, anteriormente situado en el mismo centro del mundo político, recorrer incansablemente el Madrid asediado para después ocupar, ganada la ruda batalla, puestos de altísima responsabilidad; las tareas ejecutadas con fervor por el editorialista soldado de *El Socialista* facilitarán la labor del ministro; la participación a los combates callejeros, la necesidad de encontrar soldados para tapar urgentemente los huecos, la improvisación de la resistencia en el Guadarrama, en aquellos primeros días en que todo se debía inventar para paliar el vacío proporcionan una experiencia aprovechable tanto por el director de *El Socialista* como para las decisiones del ministro: por otra parte el embargo sobre la información desmoralizadora, la selección del documento, la evaluación del eventual efecto en la moral de los lectores o soldados, la averiguación y la pronta elaboración del dato decisivo, constituyen también un muy eficaz aprendizaje para el historiador. Todas esas actividades proteicas permitirán afianzar y agudizar el juicio y gran parte de este caudal recogido en su propio nacer se irá transformando en la misma materia de la historia. Sin ser tan andarín como su jefe del Gobierno, J. Negrín, J. Zugazagoitia seguirá de ministro, informándose como solía hacerlo en el terreno cuando no era sino periodista: no será jamás un ministro que se encierra en su gabinete sino que él mismo irá a buscar la información entre la misma población de los combatien-

tes. La obra final se irá componiendo con esas varias funciones y actividades que se van compenetrando.

Esos dos tomos compaginan esos múltiples enfoques de una misma realidad, combinando sensaciones dispares realizando una síntesis de las tareas del periodista expuesto a la misma metralla que los soldados, del hombre de estado que pecha con problemas de conciencia antes de decidir, con la ansiedad del redactor que tiene que imaginar las consecuencias de tal o cual comentario o al revés de tal o cual vacío para retener o no una noticia decisiva, para la tónica de todo un país. El periodismo entronca pues con la resistencia armada y el militantista se enlaza con la nueva vocación de historiador, que por no tener archivos tiene que aducir todo el caudal anteriormente constituido en la misma acción.

Algunas escenas evocadas de *Madrid* servirán de base o de pautas a los capítulos mucho más largos de la historia, ciertos episodios se fundirán en los análisis y demostraciones argumentadas, organizadas mientras excepcionalmente algunas alusiones de Madrid serán más desarrolladas como la que se refiere a un casi tocayo, el general Barrera, digno de una novela de Valle-Inclán.

Sobre todo es la misma filosofía que riega tanto el prólogo de *Madrid* y los capítulos dedicados en *Guerra* a la inseguridad, a la criminalidad sórdida y crudelísima de los grupos incontrolados, contra los cuales lanzará sus anatemas J. Zugazagoitia desde las columnas del *Socialista* (editorial famoso reproducido en la *Historia de la Guerra Civil*, primer tomo, del Grupo 16), desde también el conmovedor *Grandeza diaria de un obrero fundidor*, justiciero anónimo que se opuso a la abyecta ejecución de su patrono antes de ser a los pocos días víctima de esos mismos crueles y cobardes falsos revolucionarios, y en fin los ecos de esa indignación contra los criminales que pusieron en peligro a la misma República, animan las páginas de los primeros capítulos. Una misma actitud de tolerancia, salvo contra la violencia ciega, vivifica estos dos textos que ignoran el cainismo maniqueísta; jamás ese militante que no tiene más armas que su pluma, más soldados que sus compañeros de taller o los compañeros de la Quinta Brigada Mixta adoptará un tono sectario sino que conservará hasta el final un perfecto uso de la razón para discurrir y no condenar.

De esa imparcialidad común a los dos textos aduciré tan solo algunos ejemplos: en la narración, *Los últimos cuarteles rebeldes*, después de evocar el «ojalaterismo» de ciertos sectores de la población madrileña que anhela el triunfo de Franco, enaltece la tolerancia entre los combatientes: un piloto despierta a otro para que pueda escuchar la misa:

El receptor de radio a punto, el piloto católico se sacudía los últimos residuos de sueño, se persignaba rápido y recogido en sí

mismo, escuchaba la misa, sin que en el dormitorio colectivo se autorizase ningún camarada la broma más correcta. (pág. 64)

Acerca de la difícil acogida de los refugiados en Francia no cede a la denuncia machacada por varios sectores sino que, quien iba a ser la víctima de esa Francia, se erige en Salomón, sin duda porque había vivido el colapso, el total desbarajuste español después de la rendición de Barcelona:

Francia no negó lo que no podía negar, en efecto; pero, ¿qué otro hubiese accedido a ser consecuente con su significación moral en condiciones parecidas? Respondo ninguno.

Francia ofreció asilo a cuarenta mil refugiados y recibió sin impedirles la entrada, de doscientos a trescientos mil...

Las historias posteriores —anécdotas de campos de concentración y de comisarías policíacas— cualquiera que sea su acrimonia y su crueldad, no destruyen el mérito de la conducta generosa de Francia, única nación en que se dan cita las emigraciones de toda Europa. (II. pág. 225)

En lo que se refiere a su actitud frente a J. Negrín, cuyo colaborador, crítico y fiel siguió siendo a pesar de discrepancias obvias, no repite contra él los juicios severísimos que le dirigieron otros dirigentes socialistas, durante y después de su acción gubernamental. En el ápice de la crisis provocada por la solapada liquidación de A. Nin encubierta por un alto funcionario, neófito del comunismo que como otros tibios republicanos sucumbió a la fascinación del ascenso fulgurante y del poder sin trabas, a pesar del desacato a su autoridad y a la misma Justicia cometido por los mismos representantes de la ley, J. Zuga-zagoitia desistió de su primer propósito:

Abandonar un puesto que me exponía, por la desorganización del ministerio, difícil de corregir por ser obra de la pasión política, más peligrosa cuanto más solapada, a quedar salpicado de sangre. Ya que no la vida de Nin, sé que defendí otras vidas, además de la del subsecretario a que he hecho referencia y esa convicción, que me impide arrepentirme de haber continuado de ministro, me valió en ciertas esferas el calificativo, aplicado con intención peyorativa, de «humanista»... una de las lecciones que he aprendido de la guerra es que los más crueles coinciden en ser los más cobardes cuando el deber es duro. (I, pág. 294)

Ultima muestra de ese humanismo, y que aduzco por venir conmigo mi

amigo y colega Ch. Manso, J. Zugazagoitia se resiste a admitir las barbaridades bestiales relativas a la ejecución de un diputado socialista de Valladolid, tío-abuelo suyo, según el rito taurino, en la misma plaza.

Las tremendas responsabilidades que aceptó al quedarse en ese gobierno y al confirmar su solidaridad con Negrín no le impiden lamentar la situación de rehén en la cual se encontraban los ministros socialistas frente a la paulatina colonización de los puestos administrativos y de mando por la nueva ola comunista, y no se arredra en denunciar la sujeción total a ciertos modelos bolcheviques que hace adoptar la perversa creación de «los nuevos capellanes» como llaman los soldados a los comisarios políticos, transplantación desventurada de una creación rusa al clima de España, con la que tropiezan, incluso los que mejor lo disimulan. La contribución heroica que se les atribuye, y con la cual se trata de hacer pasar por feliz el acuerdo imitativo que dio vida al cuerpo, no puede ser ni más modesta ni más normal» (I, P. 321). Corroboran la impugnación lamentables ejemplos.

Sobre esa dificultad de identificar dentro del propio campo a los leales y a los fieles menudean las reflexiones: deplora particularmente la incapacidad de los españoles para apoyar una acción gubernamental, para desistir de la anterior oposición incluso en los órganos de prensa que lucharon por el cambio político y también esa tendencia por la independencia cerril que supedita el interés comarcal, local o individual a los nacionales; en cambio enaltece el heroísmo anónimo de los soldados.

Esa crónica histórica de casi setecientas páginas es una suma de hechos, comentarios y reflexiones que necesitaría una presentación mucho más sistemática; se recalcará una vez más que este historiador actor de la historia, que trabajaba en los locales del *Socialista*, Carranza 22, bajo los tres retratos de Marx, Darwin y P. Iglesias, no incide jamás en el proselitismo sectario de un Hidalgo de Cisneros que hace de sus memorias un instrumento totalmente inservible precisamente para la historia de un arma, la aviación, que tuvo tan decisivo papel. Sabe pasar por alto ciertas peripecias poco decorosas, fallos individuales, evaluar lo que los temperamentos pueden introducir como defectos de sintonización, decisión y aplicación, intenta discernir la eventual evolución de los sucesos si la historia hubiera elegido otras soluciones: reproduce el testamento de Primo de Rivera y glosa las consecuencias de un posible canje; entre los atinados homenajes a Rusia señala los abusos sectarios y las faltas cometidas frente a la opinión europea.

En conclusión, se constata que J. Zugazagoitia, sin duda por no disponer de otros archivos que sus recuerdos, incurre en errores por contagio u omisión como la repetición que se da en casi todas las historias de la guerra civil del tema de la ausencia de una aviación republicana o de su tremenda inferioridad, coincidiendo así con una inconsciente tendencia en rechazar sobre el extranjero

culpas propias. Remitiré tan solo a la obra reciente de un joven historiador, poco sospechoso de complacencia por la actitud de los socialistas¹ franceses, que acaba con ciertos mitos sobre la inercia de Blum y algunos ministros suyos en suministrar aviones o armas para la capital defensa de Irún y Madrid. Tampoco señala la causa de la enorme superioridad de la aviación enemiga, la fragilidad de ciertos aparatos rusos por ejemplo². Tampoco alude en esa historia a la cambiante situación diplomática, ni las consecuencias de los procesos de Moscú para la tónica de los consejeros militares rusos, ni la quiebra entre el belicismo absoluto de los comunistas hasta los últimos días de la guerra y las vacilaciones de la U.R.S.S., preocupada por el nuevo y peligroso equilibrio europeo: pero el historiador había tenido bastante que hacer en su propio ministerio para inmiscuirse en cuestiones un poco ajenas a su cometido.

Para acabar con tan rápida reseña, es inexcusable la pregunta siguiente: ¿procede J. Zugazagoitia a un solapado autoelogio o por lo menos a una justificación? Inconscientemente habrá un deseo de dejar cierta imagen frente a la posteridad y la historia: a mi juicio sólo los historiadores podrían contestar a esa pregunta.

1 C. Serrano, *N'enjeu espagnol. le P.C.F. et la guerre d'Espagne*, Messidor-Edit. Sociales, Paris, 1987, cite, p. 27 dans une correspondance de J.R. Bloch à R. Rolland «l'exaspération sans borne de Cot et du 13 octobre d'un directeur technique d'Air France, Serre, qui avait mis vingt avions à la disposition des Espagnols et que ceux-ci ne parvenaient avions à enlever de l'aéroport de Toulouse mais aussi la bonne volonté de R. Salengro qui faisait «beaucoup pour por faciliter la tâche des amis espagnols aux différents passages de la frontière»

On pourra consulter le premier de trois numéros d'Icare, l'excellente revue des pilotes de ligne qui les consacrera à l'aviation dans la guerre civile, avec des mises au point de M.P. Laureau. D'autres précisions sur les «moscas» ont été donnés par un ancien pilote des Brigades au cours d'une émission de télévision consacrée à la guerre civile il y a quelques années, où il expliquait pourquoi, comme le montres la citation ci-dessous, tan de chasseurs resses furent endommagés.

2 En cuanto a la dificultad de manejar el Polikarpov I-16, llamado sucesivamente Jastrebok (el halcón) Ischak (el mulo) Mosca o Rata citare un párrafo de *Les conquérants de l'air, 1903-1945*, de C. Demand et H. Emde, Edita Lausanne 1968:

Au lieu de recourir aux constructeurs, qui eussent pu remédier à ces défauts, (le hau commandement de l'armée rouge) fit appel à trois célèbres pilotes... qui furent envoyés en tournée dans toutes les écoles d'aviation où se trouvaient des I-16.

Schkalov, Suprun et Stefanovski.. s'entretenaient avec les jeunes pilotes et volaient avec les plus expérimentés... La victoire finale contre la méfiance fut acquise en septembre 1935 par une démonstration su un terrain d'aviation des environs de Moscou. Shkalov, Suprun et Stefanovski partirent en formation serée à trois. Leurs appareils étaient reliés, d'un bout d'aile à l'autre, par des rubans aux vives couleurs. Ils firent plusieurs figures d'acrobatie tous ensemble sans qu'aucun des rubans ne se rompit, et ils atterrirent en groupe, toujours attachés les uns aux autres par leurs rubans!

...Ce modèla avait une particularité déroutante; ses pilotes devaient donner pas moins de 44 tours de manivelle pour rentrer ou sortir entièrement le train d'atterrissage tout en veillant à maintenir le cap d'un appareil qui n'était pas spécialement aérodynamique... Ajoutons que l'appareil était sensible aux pertes de vitesse en position cabrée et instable sur son axe longitudinal... (págs. 132-134).

A pesar del considerable esfuerzo de construcción y especialmente en Murcia donde se llego a construir un avión y medio al día, los franquistas recibieron una mayor ayuda (*La Guerra Civil*, n.º 19. Historia 16).

Queda por presentar la segunda obra, *Madrid, Carranza 22*, que se compone de un prólogo y de 29 relatos breves, de tres a cinco páginas, repartidos en cuatro conjuntos de cinco, catorce, seis y cuatro narraciones, sin coherencia cronológica.

El primer grupo constituye una clase de apertura *moderato cantabile* que prefiere la eficacia de «las palabras sencillas para encomiar el heroísmo», dedicando el narrador esos cuatro relatos a los héroes de esa imprevisible resistencia del Madrid abandonado y anónimo, bajo el firme mando de Miaja y su «veta jocunda», Kléber «símbolo de sus soldados», de la Junta de Defensa, compuesta de jóvenes «con el cordaje de los nervios bien templado» y de Durruti.

El segundo, más nutrido se consagra a las peripecias más dramáticas de la ofensiva en el Guadarrama y por la Casa de Campo, mientras el tercero evoca el lamentable episodio del descuido republicano que entregó a los franquistas La Marañosa, o sea el casi control de la carretera de Valencia, mientras el cuarto en una vuelta al pasado presenta una despedida a varios protagonistas, compañeros de taller y de combates. La mayor parte de las narraciones parecen haber surgido a raíz de los acontecimientos, con una mínima distancia del fervor creador, mientras las últimas, transidas de la nostalgia filosófica del exilio y de la derrota, evoca recuerdos machadianos:

Tú, por quien hoy me aflijo, ¿dónde estás? ¿Muerto, como me dicen y aseguran? Cuesta trabajo creerlo, aun yendo tan de barata la muerte por las tierras de España, que no han sido nunca «el bíblico jardín» pero que nunca tampoco, como desde hace tres años, han consentido que vague, errante, tan libremente como ahora, la sombra de Caín (pág. 135).

Esa inmediatez de la redacción impone su impronta singular a esa producción que aúna en sí las necesidades y coacciones del periodismo, urgencia en ciertos casos estratégica cuando el redactor sustituye a la autoridad militar, ante la necesidad de ofrecer una información autocontrolada, brevedad y eficacia del mensaje que sin embargo no caduca después de su emisión, y las exigencias cualitativas de que pierda el carácter efímero del sencillo artículo de circunstancia. *Madrid, Carranza 22* está en el entronque de esos dos determinismos. El título en ciertos modos señala esa unión en J. Zugazagoitia de periodista y de esa necesidad ineludible de crear en medio de la destrucción algo duradero: la sede del diario es al mismo tiempo fuente de la crónica hecha de los testimonios que allí se concentran, se compaginan, se van enriqueciendo en el cotejo con otros; dialéctica entre lo técnico y lo humano les confiere su sello original. Podrían ser tachadas esas relaciones de periodísticas, despectivamente. Algo conservan de la forma del reportaje en los frentes, propio de los

artículos de los corresponsales de guerra, Cuartel de La Montaña, del Conde Duque, Calle de San Bernardo, Barrios de Usera y Argüelles, La Maraños: pero no se amoldan los relatos a esa pauta del periodismo especializado, a la relación impertérrita de operaciones con cotas topográficas, bajas, cifras, etcétera...; prácticamente J. Zugazagoitia desecha estos modelos de presentación para insistir en las reacciones humanas, irrisorias como el montaje de una vieja ametralladora en el tejado del Palacio de Medinaceli, absurdas como el total desatino de las trincheras abiertas sin orden ni concierto o como la voluntad de un viejo peluquero de ejercitarse con un fusil inservible, trágicas como las agonías estoicas o desgarradoras de los soldados. Por haber supeditado todo al elemento humano, a la reacción de huida pánica, como al temple del que se parapeta además con el humorismo «tengo unas ganas de que acabe la guerra para hacerme de derechas», a la automutilación como el aguante del médico que sigue operando bajo el bombardeo de los Junkers; por esa mezcla de ternura y humorismo con que presenta todas estas circunstancias el narrador añade a sus relatos de actualidad los quilates de la literatura.

Al revelar de paso los errores, a veces los crímenes del campo republicano o los fallos del alto mando, funde la tragedia con lo documental: más bien que exaltar con ditirambos las virtudes de los héroes, los presenta sin énfasis en sus prosaicas circunstancias que cobran luego grandeza trágica.

Tampoco este libro se adhiere al maniqueísmo reductor, ya que desde el prólogo que parecé transido de iras todavía vivas condena a:

«los que reservaban su heroísmo para los cafés y los bares donde hacían contacto con lo que comenzó a llamarse por su peligrosidad «las ametralladoras de Negresco»... El verano determinó fiebres malignas: la del automóvil, la del lujo, la de la crueldad. Anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos nos mirábamos estupefactos, interrogándonos, sin, palabras, por el origen de una conducta que coincidíamos en recusar con igual anatema. Aquellas evasivas a todos los códigos morales nos repugnaban, pero no era suficiente negar toda solidaridad con el proceder de aquellos hombres aquejados de afanes destructores (pág. 13).

Sacar fuerzas de flaqueza, asumir cada día la lucidez contra la desesperación, fue la agotadora tarea de estas primeras semanas:

aquellos primeros días atrafagantados y dramáticos del mes de julio, días en que no conseguíamos sacar el pie del lodo, porque cada hora con su nueva noticia, nos hundía más y más (pág. 9).

A veces complicaciones entre trágicas y picarescas, debidas a los azares de la guerra social que se suma a la militar, surgen fuera de toda racionalidad: el barrio de Salamanca conoce una pintoresca invasión de refugiados de los barrios populares que se adaptan a esos edificios lujosos «exhibiendo las ropas íntimas que sacaban de las coladas» y se dedican a un vandalismo sistemático quemándolo todo antes de descubrir las ventajas de la electricidad: entonces es tal el despilfarro de electricidad que el ingeniero jefe de producción acude urgentemente al periodista para que difunda el mensaje justificativo de la destrucción: «¡que quemen más muebles!... les regalamos la electricidad que necesitan para iluminación si se abstienen de cocinar y calentarse con ella. Estamos negando el suministro a industrias militares, aun sabiendo la urgencia de su trabajo» (pág. 94). La difícil victoria sobre el egoísmo a duras penas se consiguió.

Pero frente a esa irresponsabilidad de la ignorancia y del egoísmo el autor hace hincapié en la del alto mando que pone en peligro al Madrid recién salvado. Por un descuido incomprensible de la posición llamada La Marañosá, clave del acceso al Jarama «sin que se conozca el porqué, los soldados recibieron orden de retirarse... Cuarenta y ocho horas después el enemigo tomaba pacífica posesión del segundo Garabitas con el que iba a poner en riesgo la comunicación de la capital con Valencia. Madrid, embebido en sus trincheras... no se dio a pensar en el Jarama un poco más lejano, pero cuya defensa se imponía, por vital, por urgente...» (pág. 98). Y el autor toma por cuenta propia, evangélicamente se podría decir, el error ajeno «me contaba por falta de intuición estratégica entre los inconscientes». Amargo consuelo es advertir que el adversario, «con toda su cautela y decisión» es parcialmente ignorante. Como antídoto de esa irresponsabilidad, la circunstancia provoca dialécticamente una reacción de civismo colectivo, ofrece una muestra de las capacidades de resistencia de anchas capas del pueblo. Los obreros de una fábrica de azúcar, en alarde de conciencia profesional compensan por los riegos que aceptan la apatía de los estrategas: terminada la recolección de remolacha durante la ofensiva, los obreros no cejan en su empeño de salvar a toda costa materia tan imprescindible para el Madrid desprovisto de todo; batida la fábrica por la artillería de La Marañosá, consiguen trabajar, pagando el tributo de la sangre a la candidez alimenticia del azúcar, concentrándose emblemáticamente el sentido del relato en la bipolaridad cromática del título *Blanco y Negro* en una oposición más dinámica aún:

En silencio de duelo volvieron a las calderas teniendo cuidado de no poner los pies donde se había desangrado su compañero. El azúcar seguía saliendo blanco, blanco... En la saleta donde se había depositado el cadáver unas gotas de sangre habían ido cayendo, rojas, rojas... (pág. 115).

Ya se recalcó la compenetración entre las dos vivencias, la del narrador que irá fertilizando la síntesis histórica del testigo que el desterrado juzga deber a la posteridad: es tanto más curioso por lo tanto un caso de elisión de una cuestión fundamental que abordarán años más tarde todos los historiadores, cualquiera que sea su campo. En efecto, el relato del contrataque frustrado realizado por el ejército republicano en el sector de La Marañososa ofrece ya toda una base de reflexión integrada en el curso de la narración, párrafo denso que paradójicamente no ascendió a la obra discursiva y al examen de las causas del fracaso republicano:

De nuestro lado había que registrar la ruina de varios tanques. El prestigio imponente de estas máquinas no estaba en relación, según el juicio de los oficiales que me informaban, con sus servicios. ¿Por incompetencia de sus servidores? ¿Por vacilación de la infantería en seguirlos? La polémica de unos y otros militares se desarrollaba con apasionamiento entre esas dos preguntas. Cada movimiento fracasado daba origen a un muy variado repertorio de discusiones sobre el comportamiento de cada unidad. Aquellos debates, de algunos de los cuales fui oidor, hubieran resultado más provechosos de haber sido tenidas en cuenta sus conclusiones. Los oficiales jóvenes buscaban conocer con exactitud dónde radicaba el motivo de los fracasos. Ellos y los hombres que mandaban ponían en la operación lo que se les pedía; valor, audacia, tenacidad. Estaban incapacitados para pedir a los soldados más de lo que se les exigía. Lo que se inclinaban por reclamar no lo consentía la disciplina. La unificación de los esfuerzos, la sincronización de los movimientos, el empleo sagaz de la artillería eran trabajos y exigencias reservadas al cuartel general. A los oficiales no les quedaba otro recurso que el de cuadrarse ante él. Era obediéndolas muy puntualmente como las ofensivas encañaban sin obtener el más modesto resultado; «Los nervios», pág. 105.

Es superfluo averiguar la pertinencia de esa narración con las averiguaciones llevadas a cabo por un especialista como R. Cardona en el reciente tomo IX de *la Guerra Civil*, que comprueban la agudeza del relato literario por incompleto que sea. Lo más sorprendente es que J. Zugazagoitia había dado con una de las claves del triunfo franquista, o sea la incapacidad de los tanquistas rusos (brigada de Pavlov de T26-B, «inigualados por ningún tanque») y de sus mandos de concebir o aplicar una estrategia resueltamente ofensiva, flaqueza que se repitió en otras grandes batallas cuyas victorias iniciales y avances nunca fueron transformados en acciones decisivas, prefiriendo por lo visto los técnicos rusos los éxitos parciales a los riesgos políticos ulteriores de

posibles sanciones en Rusia, como ocurrió: un análisis análogo al de la batalla de La Marañosa se ha aplicado hace dos años a la batalla de Belchite, donde los carros cesaron, sin razón, su progresión, en un número de *Andalán*.

Del mismo modo, como alabó el heroísmo tranquilo de los obreros de la Póveda que aceptaron seguir trabajando y produciendo azúcar bajo los cañones de La Marañosa, J. Zugazagoitia elogia la terquedad y la paciencia infinitas de las mujeres madrileñas:

De la desproporción entre la buena voluntad cantada y la ayuda cumplida surgió en la capital una nueva figura heroica: la mujer... Había para sentirse conmovido ante aquellas filas de mujeres que a las cuatro de la madrugada, hora en que terminaba nuestro trabajo, se estacionaban, en espera de una ración hipotética, ante el establecimiento que suponían abastecido de azúcar, chocolate, lentejas o bacalao. El frío atroz, que endurecía los mantones en que se arrebujaban, no les obligaba a desistir. Sólo el heroísmo femenino es capaz de pasar por esa prueba de rigor y de paciencia. (*El primer invierno*, págs. 42-43).

En fin, este librito complejo dentro de su eficacia conmovedora, ofrece la clave de su funcionamiento interno, de su propia necesidad. Quizás la última justificación de esta literatura haya sido según decíamos, mantener a la vez la ignorancia, disfrazar la realidad e incitar a transformarla más que sugerir el insoportable cariz de los acontecimientos: varias reflexiones nos encaminan a meditar sobre la complejidad de la labor de testimoniar en trances apocalípticos: evoca J. Zugazagoitia la lógica y alocada orden de Valencia de aguantar, ocho días más:

¡Felices los que carecían de información! Míaja podría decirles con exactitud las contrariedades que se economizaron. Podían dormir a pierna suelta, convencidos de que estaban tomadas todas las previsiones para evitarles un despertar dramático, cuando, en verdad, la única previsión posible era la de tener montada la pistola. ¿Quién se sorprenderá de que pretendiésemos ocultarlos (los sucesos) poniendo en riesgo nuestro prestigio de informadores veraces? Todo el que nos pedía ánimos, los recibía en firme; pero, y a nosotros, ¿quién se ocupaba de ofrecérmolos? Si bajábamos a la taberna de Julián con reiterada frecuencia, no era, no, por vicio...

Sabíamos. Sabíamos lo que para ser felices nos hubiera sido indispensable ignorar (*Una noche sombría*, pág. 52).

Esa dialéctica de la ilusión y de la verdad, jamás detenida en un punto fijo o una definición operativa universal se encarna en un modesto rapsoda con el cual se identifica el pueblo madrileño, Augusto, oscuro locutor de Unión-Radio, que bien mereció ese sereno nombre en la peor adversidad:

más que otros supo mostrarse tan persuasivo y con poder tan alto de transmutación. Augusto, que conocía el alcance exacto de cada eufemismo... conseguía conservar aquella voz segura, firme, optimista, que transmutaba la mala noticia en buena y la buena, el pequeño éxito de un sector, en victoria resonante y decisiva... El parte oído en la radio era, pese a la exactitud gramatical y ortográfica, muy diferente del leído en los diarios. A través de la radio, por sugestión de la voz simpática, era verdad inconcusa y no discutible... Augusto era la voz de Madrid... El parte... urgía conocer el parte para descifrar el destino y saber si el que anunciaban como inminente los rumores era el verdadero (págs. 71-74).

Este texto se llama *En principio fue el verbo* y fue J. Zugazagoitia su prudentísimo artesano y truchimán... Otro relato, *Soldados de carne y hueso* incide en la misma temática, oponiendo a las figuras de papel y tinta, humildes e insignificantes imágenes sacrificiales que sin embargo lograron nutrir el gran holocausto de carne viva:

no me equivocaré mucho si afirmo que toda su riqueza militar (de Madrid) estaba pegada a las esquinas de las casas y residía en unos cuarteles vigorosos, optimistas y eficaces que firmaba Bardasano... El soldado de papel y tinta —obra admirable de juventud y de brío— iba a hacer al soldado de carne y hueso (pág. 85).

En esos tiempos épicos todos son aedas, capaces —«pecado venial de un pueblo que a falta de grandes recursos para organizar su defensa, fabricaba con las noticias más incompletas las biografías mas redondas» (pág. 87)— de fabricar mitos, como aquel que nace tan poéticamente de la tan infausta herida de Durruti, el día aquel en que todo estuvo a punto de derrumbarse:

uno que se acercó al boquete que las balas hicieron a Durruti contaba para dar comienzo a la leyenda, que resonaba en la herida la palabra victoria. Verdad o mentira, todos los hombres creyeron y obedecieron esa orden póstuma (pág. 36).

Con sus aciertos y sus carencias tal es el testimonio brindado por ese librito

de la *Biblioteca Silenciada* cuyo lema señalaba los fines perseguidos; es una literatura, no sobre la guerra civil como muchas obras de escaso interés, sino de la guerra civil: ahí están sus límites y su grandeza.